

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 5 DE OCTUBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

De águila á pato

APÓLOGO

Hubo allá en remotos tiempos una soberbia águila, reina de las alturas. Tenía su trono sobre un inaccesible peñón, y al pie de éste su nido. Cuando al salir el sol alzaba el vuelo, desafiando con su mirada al padre de la luz, cantaban sobre ella su himno matutino las alondras, y las aves todas le rendían vasallaje. Los cuervos la seguían para aprovechar los despojos de sus presas.

Nunca se vió águila cuyo aéreo reino se extendiese más. Elevándose por mucho más arriba que la región de las nubes, apenas abarcaba con su penetrante mirada la extensión toda de sus dominios.

Cuando caujaba la tormenta y al chocar de las nubes retumbaba el trueno al resplandor del relámpago, el águila por encima de los nubarrones paridores del rayo, dejaba bramara á la tempestad bajo sus plantas, bañándose en tanto en luz plena y libre.

Era una hermosura verla cernerse casi inmóvil en el espacio azul, con sus extendidas alas á modo de acción de dominio ó gesto de supremo poder. Con un ligero movimiento, como de fuego, elevábase un más, desarrollando sin aparente esfuerzo una enorme fuerza.

Al pie del peñón, en que anidaban sus aguiluchos y se entronizaba ella, extendíase un arenal sembrado acá y allá de algunas matas, y en ese arenal reinaba un león como soberano.

Más de una vez se paró el león á contemplar el vuelo majestuoso del águila, y más de una vez el águila, corniéndose en el aire, contempló los saltos del león al caer sobre su presa. Al rugido del rey del arenal contestaba no pocas veces el grito del rey de los aéreos espacios.

Al verle saltar al león, se dijo más de una vez el águila con lástima: ¡Pobrecillo! acaso es que intenta volar... Salta, salta, pobre rey de las arenas, á ver si te brotan alas.

Había entre los cortesanos del águila un grajo, cuyas lisonjas sonaban siempre gratas á los oídos de aquella. Y empezó el grajo á hablarle del león y de sus proezas y á ponderar su valor, su arrojo y su majestad. Dice que si te cogiera en tierra, con las alas cortadas—le decía,—habría de ver de cuan poco te servirían tu bravura, tu pico y tus garras. «¿Eso dice...?»—exclamó el águila. «Si, eso dice—contestó el grajo,—pero no debes hacerle caso, porque su poderío le ha envanecido y no sabe bien lo que se dice el pobrecillo. Cegado por su soberbia, ignora que él no puede volar y que tú puedes posarte en tierra y defenderte en ella.» «¿Y vencerle en tierra, en su elemento!» añadió el águila. «No lo dudo»—contestó con sorna el grajo marullero.

Entonces empezó á trabajarle al águila en el magín la idea de hacerse león y disputar su realeza al rey del arenal.

«¿Sabes lo que he pensado?»—le dijo un día el águila al grajo.

«Lo que hayas pensado—contestóle este,—será inspiración del mismó sol, de seguro.

«Pues he pensado que una vez que nadie me disputa el imperio del aire, debo bajar mi trono al pie del peñón y disputar al león su imperio. Y para más obligarme y no poder recurrir al arbitrio de levantar el vuelo, voy á recortarme las alas; quiero que luchemos á iguales armas.

«Sublime propósito!»—exclamó el grajo,—hazaña nunca vista ni aun intentada antes de ahora; bien dije que el mismó sol te la ha inspirado.

Recortóse, en efecto, el águila sus alas, é hizo que á los de su familia se las recortaran, y bajó al arenal. Andando y no con mucha soltura, salióse al camino al león y le provocó á singular combate.

«Déjate de bromas, y vete á tus nubes—le contestó el león,—cada cual lo suyo.

«No hay campo vedado para el heróico esfuerzo—contestó el águila,—y voy

á probarte que con solo saber querer, ha de ser todo mio. Aquí, en tierra, en tus dominios, has de medir tus garras con mis garras y tus fauces con mi pico.

«No gasto bromas—replió el león, volviéndole grupas y azotándose los lomos con el rabo.

Pero el águila se abalanzó á él y le dió un picotazo. Al sentirse el león herido, volviéndose furioso sobre el águila, y de de un par de zarrazos la dejó malparada. El pobre rey de los aires no hacía más que alejarse con sus recortadas alas. Corriendo como pudo, fué á refugiarse á unos juncales á orillas de un lago, y allí permaneció oculta, y allí dejó el león compadecido.

No se atrevió ya á salir de la orilla del lago, y allí tuvo que aprender á nadar para defenderse de las fieras que bajaban á abrevarse y que no la dejaban en paz. Y así, andando el tiempo, se le modificó el pico, salieronle palmas en las garras y se convirtió en pato.

Tal es la historia del águila que, por querer hacerse león, se vió convertida en pato.

Miguel de Unamuno.

DE MADRID Á MURCIA

Pidal y el gobierno

El presidente del Congreso, Sr. Pidal, ha aplazado su regreso á Madrid hasta fines de mes y es un ministerial tan subordinado—contra lo que decía el señor Silvela, que ni ha querido atender los requerimientos del jefe del gobierno para que viniese á asistir á los funerales del general Martínez Campos.

El marqués de Lema, lugarteniente político del presidente del Congreso, tampoco ha hecho caso de las advertencias del gobierno y, en vez de venir á Madrid, se fué á Somió á recibir órdenes del Sr. Pidal.

El marqués de Lema llega hoy á Madrid, es portador de una carta del Sr. Pidal, en la que, á creer á los amigos de éste, el presidente del Congreso expone los motivos de disgusto que tiene con el gobierno.

Los comentarios entre la gente política con motivo de la actitud del Sr. Villaverde son desfavorables para el gobierno, cuya situación no se puede negar que tiene poco de agradable.

García Aliz disgustado

Resulta ahora que también el señor García Aliz anda disgustado con Silvela. Se aceptaron sus aumentos en el presupuesto de Instrucción en pleno Consejo, y al presentarle el presupuesto á Allende Salazar se queja este de los referidos aumentos. El Sr. García Aliz visita al Sr. Silvela y este mismo le aconseja que retire el presupuesto ó introduzca modificaciones en sentido económico. De esto resulta que el jefe del Gobierno aprobó primero lo que ha rechazado después, enojando con semejante informalidad á un compañero.

Servicio militar obligatorio

El ministro de la Guerra ha ultimado el proyecto de servicio militar obligatorio, que dejará á su sucesor.

En virtud del proyecto, todo ciudadano español quedará obligado á prestar el servicio militar.

En las ocho capitalidades de distritos se establecerían otros tantos batallones de instrucción, en los cuales podrían ingresar todos aquellos individuos que lo solicitaren, siempre que se costeen el uniforme y la manutención.

Pernoctarán estos fuera del cuartel. Dichos reclutas permanecerán recibiendo instrucción militar práctica por espacio de ocho meses, nombrándoseles, una vez espirado dicho plazo, alféreces, y á los tres meses siguientes marcharán á sus casas, llevándose el nombramiento de segundos tenientes de la reserva gratuita.

Romero Robledo

El Sr. Romero Robledo ha sido muy visitado por los sindicatos y gremios del comercio de Madrid.

Ayer tarde estuvo en el círculo de la

calle del Marqués de la Ensenada á donde concurrieron sus amigos y correligionarios, con quienes compartió durante largo tiempo, tratando de los asuntos de actualidad.

Viene muy animado y dispuesto á emprender una campaña que ha de causar gran efecto en la opinión sana del país.

Esta noche pronunciará un discurso en dicho círculo, antes de marchar á Londres pasado mañana, para regresar á fin del presente mes.

X.

4 Octubre 1900.

La Patria y el Cielo

Imitación bíblica

¡Mirad! ¡Ya lo divisó! mirad ese Cielo tan puro, tan gracioso, tan amplia y vivamente desplegado...

Ese Cielo es el Cielo de mi patria: manto hermosísimo de azul, que embellece una luz florida.

¡Patria mía! eres muy bella: Dios sonrió al formar tu cielo... vistiolo de flores, y mandó á los céfros más hermosos que lo perfumasen.

Fresca y gentil te reclinan en ese jardín deleitoso, como virgen graciosa y pura, que fija por vez primera en su amante una tímida mirada.

Eres grande, patria mía, esas torres que tocan las nubes lo proclaman. Tus brazos son que levantas orando á los Cielos.

Envuelta en los grandes sonidos de las campanas, desciende á conmover los corazones la voz de la religión, música sublime en la región de los aires.

¡Patria mía, patria mía! yo te amo, cual se ama á esposa gentil: donde vaya te llevo en mi corazón y al pensar en ti me saltan las lágrimas.

En tí por vez primera ví esa luz que nos envía el Cielo para que miremos su hermosura; en tí comencé á murmurar tiernas expresiones que me enseñaba mi madre; en tí habló mi alma á otras almas en su lenguaje misterioso y divino; en tí besé por última vez la mano de mi padre y la casta frente de mi hermana.

En tí, ¡oh patria mía! tengo lo que hay de más puro en la vida y de más sagrado en la muerte: la cuna de mi niñez y el sepulcro de mi padre.

Por eso lejos de tí me sentía triste, pero había en aquella tristeza encanto secreto: era como recuerdo vago y confuso de alegrías y dolores que pasaron.

Me sentía triste y me decía: ¿cuando volveré á ver aquellos campos tan hermosos, aquella luz tan suave y recorreré las calles conocidas, y encontraré á mis amigos y los estracharé sobre el corazón?

Ya estoy en tí, patria mía, ya estoy en tí: hijo humilde, quisiera tener mucha gloria para añadir á tu corona una flor; pero tengo al menos un alma sensible, y te doy el amor de ella. Ya estoy en tí, patria mía; ya estoy en tí y respiro tu aire y miro tu cielo y soy feliz....

¡Feliz! ¿Que palabra se escapó de mis labios? ¿Hemos conocido por ventura nosotros lo que es felicidad?

Fantasma que al abrazarle se disipa, flor que se marchita al tocarla, sombra que huye al perseguirla. ¿Que sabemos nosotros lo que es felicidad?

Venid, amigos míos, rodearme todos, contémonos los secretos del corazón. ¿Os sentís felices por ventura?

Lejos de nuestra patria suspiramos por volver á su seno y al tornar á ella suspiramos también, porque nos aqueja en el fondo del alma un instinto viajador. ¿Tendremos por dicha otra patria?

¡Hombre! tu patria es el lugar donde naciste: Cristiano, mira al Cielo; esa es tu patria.

¿Qué es el mundo sino lugar de tránsito, que crió Dios entre la nada y la eternidad?

¿Qué somos nosotros, sino pobres desterrados que andamos gimiendo por entre sombras, en busca de esa patria de luz y de armonía?

No me digais que esto es hermoso; todo lo sombrea la muerte.

Ese arroyo bulle, sonríe esa flor; pero dad un paso y el arroyo se ha secado y la flor marchitosa.

¡Mirad atrás... ruinas! ¡Mirad adelante... todo está cayendo.

La muerte es la ruina del mundo; nuestro espíritu no puede vivir en esta esta región de la muerte.

¡Aire! ¡Aire que se ahoga el alma; dadle pan, que está cansada de gemir y de luchar.

Reyes son los hombres y se arrastran por el lodo; hermanos y se despedazan; hijos de Dios, y blasfeman mientras se hunden en el sepulcro.

Arránceme á esta región de miseria; caigan rotas las cadenas y vuele el alma.

Alma mía ¿no sabes que sobre esa atmósfera tempestuosa hay una región donde vive la paz y no anochece la luz y es inacabable la vida?

Allí, alma mía, podrás en medio de un silencio divino sumergirte en las profundidades esplendorosas de la eternidad; allí vivir vida eterna en el seno de Dios...

Esa región alma mía, es el Cielo; ese Cielo, alma mía, es tu patria.

Antonio Aparici y Guizarro.

PAGINAS DE LA MANTILLA

FLOQUET

Verdadero fenómeno atávico presentaba el espíritu de Floquet, que á pesar de haber nacido el 5 de Octubre de 1828 parecía haber encarnado en un jefe de la Montaña ó en un comisario de los ejércitos que prepararon el célebre 93.

Su carácter decidido y firme en pró de la revolución le hizo al estallar la del 48, escaparse del colegio, donde estudiaba, en compañía de dos condiscípulos y unirse al pueblo para defender su causa. Pudo cojer un sable y batiéndose valerosamente entró en las Tullerías, animando á los sublevados.

Al hacerse abogado en 1851, sus más notables triunfos los alcanzó defendiendo á los perseguidos por conseguir la libertad, no contentándose con limitar su acción á los procesados de París, sino recorriendo toda Francia en busca de las víctimas del poder reaccionario, para salvarlas con la elocuencia de su verbosidad.

El renombre alcanzado por estas defensas le valió la investidura de diputado, continuando en el Parlamento su constante campaña en favor de la libertad y la república, espantando á sus enemigos y asombrando á sus partidarios.

Tal era el esfuerzo de sus convicciones, que durante una lucha electoral, como no hallara fijadores para sus manifestos, por intrigas de sus contrarios, él mismo llevando en una mano la brocha y en otra el cubo del engrudo, fué pegando sus alocuciones vestido de rigurosa etiqueta.

Al terminar la revolución de Septiembre fué nombrado adjunto del Alcalde y después Diputado de la Asamblea, pero á causa de una acusación, que le atribuía apoyo á la Comuna, estuvo encerrado en el castillo de Biarritz cerca de un mes.

Sucesivamente presidió el Consejo municipal de París, en el que tuvo la vicepresidencia de la Cámara en 1881 y la prefectura del Senado al año siguiente, pero donde pudo mejor mostrar su energía en defensa de la República, fué al ser presidente del Gobierno.

Hallábase en todo su esplendor el boulangierismo y el general que le daba su nombre, endiosado por todos y por lo tanto engreído. Como la polémica con Floquet era difícil para Boulanger, á las acaloradas frases siguieron las injurias y los insultos, provocando á un duelo en la sesión del 12 de Julio de 1888. Al siguiente día batíase el presidente del consejo y el popular general, cayendo este herido gravemente en el cuello y marchándose Floquet, sin hacer caso para nada de algunos rasguños recibidos, á pronunciar su discurso en la inauguración de la estatua de Gambeta.

Una calumnia empuñó su fama y acortó su vida: La de que estaba complicado en los sucesos del Panamá. Cuando para reivindicarle los electores de Luxemburgo le mandaron al Senado, Floquet estaba próximo á la muerte que ocurrió el 13 de Enero de 1896.

Hernando de Acevedo.

NUESTRA PALOMITA

En las primeras horas del día hemos dado suelta á nuestras palomitas blancas, para que marchasen á los pueblos de la provincia que alegres y bullangueras han partido con instrucciones reservadas acerca de su misión informadora.

Nuestra palomita azul, después de darle guindas con aguardiente para que hable claro, ha marchado á llenar su deber reporterista.

Llenado este, he aquí lo que nos dice: —Habla palomita.

—Tempranito he estado en casa del maniso, y como es madrugador, lo he encontrado ya en su despacho con su batin ceniciento y adornado con alfileres de color de sangre, mi visita no le ha sorprendido; parece que le deseaba.

Le pregunté sus propósitos bélicos, y me contestó:

A mi me agradan todas estas situaciones, soy de los hombres que gustan de ir contra la corriente por que así pruebo mi tenacidad, y si triunfo, resultará siempre que triunfo de lo imposible, de lo grande.

Y su agradecimiento al mantilla como lo prueba Vd? Luchando y probando-le que ya no lo necesito. Yo utilizo á los hombres cuando me son favorables para mis fines, después del arrojito como lastre inservible. Mi ambición es desmedida. La opinión ya me conoce, pero respeta mis travesuras por temor de que no hay nadie en este país que ponga freno á mis acciones. Venceré, no te quepa duda—palomita—y venceré porque reúno condiciones para estas empresas en que llevo por delante la mejor parte....

—Comprendido—no se esfuerza... lo conocen y lo saben todo esos á que usted alude.—Eso tiene sus quebras—compadre.—Con quebras y sin ellas... yo sigo adelante.

Dispénsame—palomita—es hora de asistir á las conferencias que tengo solicitadas de los almirantes de las escuadras neutrales—y marche, porque ya es tarde.

¡Adios!—palomita—hasta luego que te podré contar cuanto de estos parlamentos preliminares vaya apreciando.

—¿Habrá batalla? Desde luego, cuenta con que la habrá si no se someten á mi jefatura.

El maniso—marchó, y yo le seguí sus pasos.

La escuadra francesa que está anclada en las aguas del Rincón de Seca—recibió al maniso sin hacerle los honores de almirante.

Dado el aviso al acorazado San Esquil que lleva las insignias del almirantazgo—fué admitido á conferencia y de ella pude presenciar lo siguiente:

—Le dijo el maniso.

—Deseo me reconozcas como beligerante, y si posible fuera que heches un velo á las cosas pasadas, mi escuadra ayudará á la tuya si en alguna ocasión necesitas de mi auxilio, yo se hacer muy bien tu plato favorito—los nuevos moles.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero como mi escuadra está astillada á la moderna y cuento con buenos destroyers, cuando llegue ocasión ya probaré lo que soy y valgo.

—Mi misión en la presente contienda es simplemente espectante, si los tuyos llegan en algún momento á agredir á mis barcos, entonces sabrás lo que es luchar y lo que es mi gente en orden de zafarano.

Así pues, entiéndetelas con tus enemigos de hoy, que por mi parte ni ayudaré á manisos ni á mantillas, á quienes predije cuanto hoy suc ede.

